

EL CANTO DEL COSACO

Donde sienta mi caballo los piés
no vuelve á nacer yerba.
Palabras de Atila.

CORO

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín:
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.
¡Hurra! ¡á caballo, hijos de la niebla!
Suelta la rienda, á combatir volad:
¿Veis esas tierras fértiles? las puebla
Gente opulenta, afeminada ya.
Casas, palacios, campos y jardines,
Todo es hermoso y refulgente allí:
Son sus hembras celestes serafines,
Su sol alumbrá un cielo de zafir.
¡Hurra, cosacos del desierto...
Nuestros sean su oro y sus placeres,
Gocemos de ese campo y ese sol;
Son sus soldados ménos que mujeres,
Son reyes viles mercaderes son.
Vedlos huir para esconder su oro,
Vedlos cobardes lágrimas verter...
¡Hurra! volad: sus cuerpos, su tesoro
Huellen nuestros caballos con sus piés.
¡Hurra, cosacos del desierto...
Dictará allí nuestro capricho leyes,
Nuestras casas alcázares serán,
Los cetros y coronas de los reyes

Cual juguetes de niños rodarán.
¡Hurra! ¡volad! á hartar nuestros deseos.
Las más hermosas nos darán su amor,
Y no hallarán nuestros semblantes feos,
Que siempre brilla hermoso el vencedor.
¡Hurra, cosacos del desierto...
Desgarremos la vencida Europa
Cual tigres que devoran su ración;
En sangre empaparemos nuestra ropa
Cual rojo manto de imperial señor.
Nuestros nobles caballos relinchando
Régias habitaciones morarán;
Cien esclavos, sus frentes inclinando,
Al mover nuestros ojos temblarán.
¡Hurra, cosacos del desierto...
Venid, volad guerreros del desierto,
Como nubes en negra confusión,
Todos suelto el bridón el ojo incierto,
Todos atropellándoos en montón.
Id en la espesa niebla confundidos
Cual tromba que arrebata el huracán,
Cual témpanos de hielo endurecidos
Por entre rocas despeñadas van.
¡Hurra, cosacos del desierto...
Nuestros padres un tiempo caminaron
Hasta llegar á una imperial ciudad;
Un sol más puro es fama que encontraron,
Y palacios de oro y de cristal.
Vadearon el Tíber sus bridones,
Yerta á sus piés la tierra enmudeció;
Su sueño con fantásticas canciones
La fada de los triunfos arrulló.
¡Hurra, cosacos del desierto...
¡Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse,
Hambrienta en vuestras manos de matar?
¿No veis entre la niebla aparecerse

Visiones mil que el parabién nos dan?

Escudo de esas miserables naciones
Era ese muro que abatido fué;
La gloria de Polonia y sus blasones
En humo y sangre convertidos ved.

¡Hurra, cosacos del desierto...
¿Quién en dolor trocó sus alegrías?
¿Quién sus hijos triunfante encadenó?

¿Quién puso fin á sus gloriosos días?
¿Quién en su propia sangre los ahogó?

¡Hurra, cosacos! ¡gloria al más valiente!
Esos hombres de Europa nos verán:
¡Hurra! nuestros caballos en su frente
Hondas sus herraduras marcarán.

¡Hurra, cosacos del desierto...
A cada bote de la lanza ruda,
A cada escape en la abrasada lid,
La sangrienta ración de carne cruda
Bajo la silla sentiréis hervir.

Y allá después en templos sutüosos,
Sirviéndonos de mesa algun altar,
Nuestra sed calmarán vinos sabrosos,
Hartará nuestra hambre blanco pan.

¡Hurra, cosacos del desierto...
Y nuestras madres nos verán triunfantes
Y á esa caduca Europa á nuestros piés,
Y acudirán de gozo palpitantes,
En cada hijo á contemplar un rey.

Nuestros hijos sabrán nuestras acciones,
Las coronas de Europa heredarán,
Y á conquistar también otras regiones
El caballo y la lanza aprestarán.

¡Hurra, cosacos del desierto! ¡Hurra!
La Europa os brinda espléndido botín:
Sangrienta charca sus campiñas sean,
De los grajos su ejército festín.

EL MENDIGO

Mío es el mundo: como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo:
Todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.

El palacio, la cabaña
Son mi asilo,
Si del ábrego el furor
Troncha el roble en la montaña,
O que inunda la campaña
El torrente asolador.

Y á la hoguera
Me hacen lado
Los pastores
Con amor,
Y sin pena
Y descuidado
De su cena
Ceno yo,
O en la rica
Chimenea,
Que recrea
Con su olor,
Me regalo
Codicioso
Del banquete
Suntüoso
Con las sobras
De un señor.

Y me digo: el viento brama,
Caiga furioso turbión;

Que al son que cruje de la seca leña,
Libre me duermo sin rencor ni amor.

Mío es el mundo: como el aire libre...
Todos son mis bienhechores,

Y por todos
A Dios ruego con fervor;
De villanos y señores
Yo recibo los favores
Sin estima y sin amor.

Ni pregunto
Quiénes sean,
Ni me obligo
A agradecer;
Que mis rezos
Si desean,
Dar limosna
Es un deber.
Y es pecado
La riqueza;
La pobreza
Santidad;
Dios á veces
Es mendigo,
Y al avaro
Da castigo,
Que le niegue
Caridad.

Yo soy pobre y se lastiman
Todos al verme plañir,
Sin ver son mías sus riquezas todas,
Que mina inagotable es el pedir.

Mío es el mundo: como el aire libre...
Mal revuelto y andrajoso
Entre harapos
Del lujo sátira soy,
Y con mi aspecto asqueroso

Me vengo del poderoso,
Y adonde va, tras él voy.

Y á la hermosa
Que respira
Cien perfumes,
Gala, amor,
La persigo
Hasta que mira,
Y me gozo
Cuando aspira
Mi punzante
Mal olor.
Y las fiestas
Y el contento
Con mi acento
Turbo yo,
Y en la bulla
Y la alegría
Interrumpen
La armonía
Mis harapos
Y mi voz.

Mostrando cuán cerca habitan
El gozo y el padecer,
Que no hay placer sin lágrimas, ni pena
Que no traspire en medio del placer.

Mío es el mundo: como el aire libre...
Y para mí no hay mañana,

Ni hay ayer;
Olvido el bien como el mal,
Nada me aflige ni afana;
Me es igual para mañana
Un palacio, un hospital.

Vivo ajeno
De memorias,
De cuidados

Libre estoy;
Busquen otros
Oro y glorias,
Yo no pienso
Sinó en hoy.
Y doquiera
Vayan leyes,
Quiten reyes,
Reyes den;
Yo soy pobre,
Y al mendigo,
Por el miedo
Del castigo,
Todos hacen
Siempre bien.

Y un asilo donde quiera
Y un lecho en el hospital
Siempre hallaré, y un hoyo donde caiga
Mi cuerpo miserable al espirar.
Mío es el mundo: como el aire libre,
Otros trabajan porque coma yo:
Todos se ablandan si doliente pido
Una limosna por amor de Dios.

EL REO DE MUERTE

¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!!!

I

Reclinado sobre el suelo
Con lenta amarga agonía,
Pensando en el triste día
Que pronto amenecerá;

En silencio gime el reo
Y el fatal momento espera
En que el sol por vez postrera
En su frente lucirá.

Un altar y un crucifijo
Y la enlutada capilla,
Lánguida vela amarilla
Tiñe en su luz funeral;
Y junto al misero reo,
Medio encubierto el semblante,
Se oye al fraile agonizante
En sôn confuso rezar.

El rostro levanta el triste
Y alza los ojos al cielo;
Tal vez eleva en su duelo
La súplica de piedad.
¡Una lágrima! ¿es acaso
De temor ó de amargura?
¡Ay! ¡á aumentar su tristura
Vino un recuerdo quizá!!!

Es un joven, y la vida
Llena de sueños de oro,
Pasó ya, cuando aun el lloro
De la niñez no enjugó:
El recuerdo es de la infancia,
¡Y su madre que le llora,
Para morir así ahora
Con tanto amor le crió!!!

Y á par que sin esperanza
Ve ya la muerte en acecho,
Su corazón en su pecho
Siente con fuerza latir;
Al tiempo que mira al fraile
Que en paz ya duerme á su lado,
Y que, ya viejo postrado,
Le habrá de sobrevivir.

¿Mas qué rumor á deshora
Rompe el silencio? resuena
Una alegre cantilena
Y una guitarra á la par,
Y gritos y de botellas
Que se chocan el sonido,
Y el amoroso estallido
De los besos y el danzar.
Y también pronto en són triste
Lúgubre voz sonará:

*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

Y la voz de los borrachos,
Y sus brindis, sus quimeras,
Y el cantar de las rameras,
Y el desorden bacanal
En la lúgubre capilla
Penetran, y carcajadas,
Cual de lejos arrojadas
De la mansión infernal.
Y también pronto en son triste
Lúgubre voz sonará:

*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

¡Maldición! al eco infausto,
El sentenciado maldijo
La madre que como á hijo
A sus pechos le crió;
Y maldijo el mundo todo,
Maldijo su suerte impía,
Maldijo el aciago día
Y la hora en que nació.

II

Serena la luna
Alumbra en el cielo,

Domina en el suelo
Profunda quietud;
Ni voces se escuchan,
Ni ronco ladrido,
Ni tierno quejido
De amante laud.

Madrid yace envuelto en sueño,
Todo al silencio convida,
Y el hombre duerme y no cuida
Del hombre que va á espirar;
Si tal vez piensa en mañana,
Ni una vez piensa siquiera
En el misero que espera,
Para morir, despertar:
Que sin pena ni cuidado
Los hombres oyen gritar:

*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

¡Y el juez también en su lecho
Duerme en paz!! ¡y su dinero
El verdugo, placentero,
Entre sueños cuenta ya!
Tan sólo rompe el silencio
En la sangrienta plazuela
El hombre del mal, que vela
Un cadalso á levantar.

Loca y confusa la encendida mente,
Sueños de angustia y fiebre y devaneo,
El alma envuelven del confuso reo,
Que inclina al pecho la abatida frente.

Y en sueños
Confunde
La muerte,
La vida:
Recuerda

Y olvida,
Suspira,
Respira
Con hórrido afán.

Y en un mundo de tinieblas
Vaga y siente miedo y frío,
Y en su horrible desvarío
Palpa en su cuello el dogal:
Y cuanto más forcejea,
Cuanto más lucha y porfia,
Tanto más en su agonía
Aprieta el nudo fatal.
Y oye ruido, voces, gentes,
Y aquella voz que dirá:
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*
O ya libre se contempla,
Y el aire puro respira,
Y oye de amor que suspira
La mujer que á un tiempo amó,
Bella y duce cual solía,
Tierna flor de primavera,
El amor de la pradera
Que el abril galán mimó.
Y gozoso á verla vuela,
Y alcanzarla intenta en vano,
Que al tender la ansiosa mano
Su esperanza á realizar,
Su ilusión la desvanece
De repente el sueño impío,
Y halla un cuerpo mudo y frío
Y un cadalso en su lugar:
Y oye á su lado en son triste
Lúgubre voz resonar:
*¡Para hacer bien por el alma
Del que van á ajusticiar!*

EL VERDUGO

De los hombres lanzado al desprecio,
De su crimen la víctima fui,
Y se evitan de odiarse á sí mismos,
Fulminando sus odios en mí.
Y su rencor
Al poner en mi mano, me hicieron
Su vengador;
Y se dijeron:
«Que nuestra vergüenza común caiga en él;
Se marque en su frente nuestra maldición;
Su pan amasado con sangre y con hiel,
Su escudo con armas de eterno baldón
Sean la herencia
Que legue al hijo,
Él que maldijo
La sociedad.»
¡Y de mí huyeron,
De sus culpas el manto me echaron,
Y mi llanto y mi voz escucharon
Sin piedad!!!
Al que á muerte condena le ensalzan...
¿Quién al hombre del hombre hizo juez?
¿Qué no es hombre ni siente el verdugo,
Imaginan los hombres tal vez?
¡Y ellos no ven
Que soy de la imagen divina
Copia también!
Y cual dañina
Fiera á que arrojan un triste animal,
Que ya entre sus dientes se siente crujir,

Así á mí, instrumento del genio del mal,
Me arrojan el hombre que traen á morir.

Y ellos son justos,
Yo soy maldito;
Yo sin delito
Soy criminal:

Mirad al hombre
Que me paga una muerte; el dinero
Me echa al suelo con rostro altanero,
¡Á mí, su igual!

El tormento que quiebra los huesos
Y del reo el histérico ¡ay!
Y el crujir de los nervios rompidos
Bajo el golpe del hacha que cae,

Son mi placer.
Y al rumor que en las piedras rodando
Hace, al caer,
Del triste saltando

La hirviente cabeza de sangre en un mar,
Allí entre el bullicio del pueblo feroz
Mi frente serena contemplan brillar,
Tremenda, radiante con júbilo atroz.

Que de los hombres
En mi respira
Toda la ira,
Todo el rencor:
Que á mí pasaron

La crueldad de sus almas impía,
Y al cumplir su venganza y la mía,
Gozo en mi horror.

Ya más alto que el grande que altivo
Con sus plantas hollara la ley,
Al verdugo los pueblos miraron,
Y mecido en los hombros de un rey:

Y en él se hartó,
Embriagado de gozo, aquel día

Cuando espiró;
Y su alegría

Su esposa y su hijos pudieron notar;
Que en vez de la densa tiniebla de horror,
Miraron la risa su labio amargar,
Lanzando sus ojos fatal resplandor.

Que el verdugo
Con su encono
Sobre el trono
Se asentó:

Y aquel pueblo
Que tan alto le alzara bramando,
Otro rey de venganzas, temblando,
En él miró.

En mí vive la historia del mundo
Que el destino con sangre escribió,
Y en sus páginas rojas Dios mismo
Mi figura imponente grabó.

La eternidad
Ha tragado cien siglos y ciento,
Y la maldad
Su monumento

En mí todavía contempla existir;
Y en vano es que el hombre do brota la luz
Con viento de orgullo pretenda subir:
¡Preside el verdugo los siglos aun!

Y cada gota
Que me ensangrienta,
Del hombre ostenta
Un crimen más.
Y yo aun existo,

Fiel recuerdo de edades pasadas,
A quien siguen cien sombras airadas
Siempre detrás.

¡Oh! ¿por qué te ha engendrado el verdugo,
Tú, hijo mío, tan puro y gentil?

En tu boca la gracia de un ángel
 Presta gracia á tu risa infantil
 ¡Ay! tu candor,
 Tu inocencia, tu dulce hermosura
 Me inspira horror.
 ¡Oh! ¿tu ternura,
 Mujer, á qué gastas con ese infeliz?
 ¡Oh! muéstrate madre piadosa con él;
 Ahógale y piensa será así feliz.
 ¿Qué importa que el mundo te llame cruel?
 ¿Mi vil oficio
 Querrás que siga,
 Que te maldiga
 Tal vez querrás?
 Piensa que un día
 Al que hoy miras jugar inocente,
 Maldecido cual yo y delincuente
 También verás!!!!

MADRIGAL

¿Qué buscas, marinera, en esta playa?
 —Una ilusión.—¿No puedo yo saberla?
 —Señor, busco una perla;
 mas mi suerte mal haya,
 que fué á sacar de mi humilde centro
 en pos de perla, que á la fin no encuentro.
 —¿Cómo la has de encontrar?
 Búscala, hermosa niña, mar adentro;
 mas yo, yo soy el mar.

CANCION BÁQUICA

*¡Oh! ¡caiga el que caiga! ¡más vino! ¡brindemos!
 A aquel que más beba loores sin fin:
 Con pámpanos ricos su frente adornemos,
 Aplausos cantemos al rey del festín.*

Alegres los ojos
 Borracho el semblante
 La copa espumante
 En alto á brindar:
 Rebosen los labios
 En risas y vino,
 Y al néctar divino
 Dé fuerza el azahar.

CORO *¡Oh! ¡caiga el que caiga! etc.*

Volcanes requeman
 Mi frente encendida;
 Más alma, más vida
 Crecer siento en mi:
 Torrentes de vino
 Las mesas esmalten;
 En mil piezas salten
 Cien copas y mil.

CORO. *¡Oh! ¡caiga el que caiga! etc.*

Fosfórico el globo
 En torno á mi gira,
 Su asiento retira
 La tierra á mis piés:
 Y al aire en confuso
 Rumor me levantan
 Furiosos que cantan
 Al Chipre y Jerez.

CORO *¡Oh! ¡caiga el que caiga! etc.*

ASUNTOS HISTÓRICOS

A LA MUERTE
DE
TORRIJOS Y SUS COMPAÑEROS

SONETO

Hélos allí: junto á la mar bravía
Cadáveres están ¡ay! los que fueron
Honra del libre, y con su muerte dieron
Almas al cielo, á España nombrada.

Ansia de patria y libertad henchía
Sus nobles pechos que jamás temieron,
Y las costas de Málaga los vieron
Cual sol de gloria en desdichado día.

Españoles, llorad; más vuestro llanto
Lágrimas de dolor y sangre sean,
Sangre que ahogue á siervos y opresores,

Y los viles tiranos con espanto
Siempre delante amenazando vean
Alzarse sus espectros vengadores.

A LA MUERTE
DE
DON JOAQUIN DE PABLO

(CHAPALANGARRA)

Desde la elevada cumbre
Do el gran Pirene levanta

Término y muro soberbio
Que cerca y defiende á España,
Un joven proscrito de ella
Tristes lágrimas derrama,
Y acaso tiende la vista
Por ver desde allí su patria,
Desde allí do á su despecho,
Llorando deja las armas
Con que del Sena al Pirene
Se lanzó por libertarla;
Y al ver la turba de esclavos
Que sus hierros afianzan,
De infame triunfo orgullosos,
Alejarse en algazara;
Sólo entonces contemplando
El suelo que ellos pisaran
Y que aun torrentes de sangre
Recien derramada bañan,
En su rápida carrera
Volcando cuerpos y almas;
Se sienta en la alzada cima,
A un lado la rota espada,
Y al rumor de los torrentes
Y del huracán que brama,
Negra citara pulsando,
Endechas lúgubres canta.

Llorad, vírgenes tristes de Iberia,
Nuestros héroes en fúnebre lloro;
Dad al viento las trenzas de oro
Y los cantos de muerte entonad:
Y vosotros ¡oh nobles guerreros,
De la patria sostén y esperanza!
Abrasados en sed de venganza,
Odio eterno al tirano jurad.

CORO DE VIRGENES
Dános, noche, tu lóbrego manto,

Nuestras frentes enlute el ciprés;
El robusto cayó: su sepulcro
Del inícuo mancharon los piés.
Enrojece ¡oh Pirene! tus cumbres
Pura sangre del libre animoso,
Y el tropel de los siervos odioso
En su lago su sed abrevó.

Cayó en ellas la gloria de España,
Cayó en ellas De Pablo valiente,
Y la patria, inclinada la frente,
Su gemido al del héroe juntó.

Sus cadenas la patria arrastrando,
Y su manto con sangre teñido,
Tardamente y con hondo gemido
Va á la tumba del fuerte varón.

Y el ajado laurel de su frente
Al sepulcro circunda llorosa,
Mientras ruje en la fúnebre losa,
Aherrojado á sus piés, el león.

CORO DE MANCEBOS

Traición sólo ha vencido al valiente;
Sé nos astro de triunfo y de honor,
Tú, que siempre á los déspotas fuiste
Como á negras tormentas el sol.

DESPEDIDA
DEL PATRIOTA GRIEGO
DE LA
HIJA DEL APÓSTATA

Era la noche: en la mitad del cielo
Su luz rayaba la argentada luna,



Y otra luz más amable destellaba
De sus llorosos ojos la hermosura.

Allí en la triste soledad se hallaron
Su amante y ella con mortal angustia,
Y su voz en amarga despedida
Por vez postrera la infeliz escucha.

«Determinado está; sí, mi sentencia
Para siempre selló la suerte injusta,
Y cuando allá la eternidad sombría
Este momento en sus abismos hunda,

»¡Ojala para siempre que el olvido,
Suavizando el rigor de la fortuna,
La imagen ¡ay! de las pasadas glorias
Bajo sus alas lóbregas encubra!

»¿Por qué al nacer crúeles me arrancaron
Del seno de mi madre moribunda,
Y salvo he sido de mortales riesgos
Para vivir penando en amargura?

»¿Por qué yo fui por mi fatal destino
Unido á tí desde la tierna cuna?
¿Por qué nos hizo iguales en riqueza
Y en linaje también mi desventura?

»¿Por qué mi infancia en inocentes juegos
Brilló contigo, y con delicia mútua
Ambos tejimos el infausto lazo
Que nuestras almas miseras anuda?

»¡Ah! para siempre adios: vano es ahora
Acariciar memorias de ventura;
Voló ya la ilusión de la esperanza,
Y es vano amar sin esperanza alguna.

»¿Qué puede el infeliz contra el destino?
¿Qué ruegos moverán, qué desventuras
El bajo pecho de tu infame padre?
Infame, sí, que al despotismo jura

»Vil sumisión, y en sórdida avaricia
Vende su patria á las riquezas turcas.

Él apellida sacrosantas leyes
El capricho de un déspota; él nos juzga

»De rebeldes doquier: su voz comprada
Culpa á su patria y al tirano adula:
Él nos ordena ante el sultán odioso
Humilde miedo y obediencia muda.

»Mas no, que el alma de la Grecia existe;
Santo furor su corazón circunda,
Que ávido se hartará de sangre hirviente,
Que nuevo ardor le infundirá y pavura.

»No ya el tirano mandará en nosotros:
Tristes rúinas, áridas llanuras,
Cadáveres no más serán su imperio:
Será sólo el señor de nuestras tumbas.

»Ya osan ser libres los armados brazos
Y ya rompen la bárbara coyunda;
Y con júbilo á tí, todos ¡oh muerte!
Y á tí, divina libertad, saludan.

»Gritos de triunfo, sacudido el viento
Hará que al éter resonando suban,
O eterna muerte cubrirá á la Grecia
En noche infanda y soledad profunda.

»Ese altivo monarca, que embriagado
Yace en perfumes y lascivia impura,
Despechado sabrá que no hay cadena
Que la mano de un libre no destruya.

»Con rabia oirá de libertad el grito
Sonar tremendo en la obstinada lucha,
Y con miedo y horror su sed de sangre
Torrentes hartarán de sangre turca.

»Y tu padre también, si ora impudente
So el poder del Islam su patria insulta,
Pronto verá cuán formidable espada
Blande en la lid la libertad sañuda.

»Marcha y dile por mí que hay mil valientes
Y yo uno de ellos, que animosos juran

Morir cual héroes ó romper el cetro
A cuya sombra el pérfido se escuda.

»Que aunque marcados con la vil cadena,
No han sido esclavas nuestras almas nunca,
Que el heredado ardor de nuestros padres
Las hace hervir aún, que nuestra furia

»Nos labrará, lidiando, en cada golpe
Triunfo seguro ó noble sepultura.
Dile que sólo en baja servidumbre
Puede vivir un alma cual la suya,

»El alma de un apóstata que indigno
Llega sus labios á la mano impura,
Que de caliente sangre reteñida
Nuevos destrozos á su patria anuncia.

»Perdóname, infeliz, si mis palabras
Rudas ofenden tu filial ternura.
Es verdad, es verdad: tu padre un tiempo
Mi amigo se llamó, y ¡ojalá nunca

»Pasado hubieran tan dichosos días!
¡Yo no llamara injusta á la fortuna!

¡Cómo entonces mi mano enjugaría
Las lágrimas que viertes de amargura!

»Tu padre ¡oh Dios! como engañoso amigo
Cuando la Grecia la servil coyunda
Intrépida rompió, cuando mi pecho
Respiraba gozoso el aura pura

»De la alma libertad, pensó el inicuo
Seducirme tal vez con tu hermosura,
Y en premio vil me prometió tu mano
Si ser secuaz de su traición inmunda,

»Y desolar mi patria le ofrecía.
¡Esclavo yo de la insolente turba
De esclavos del sultán!!! Antes el cielo
Mis yertos miembros insepultos cubra,

»Que goce yo de ignominiosa vida
Ni en el seno feliz de tu dulzura.

¡Ah! para siempre adios: la infausta suerte
Que el lazo rompe que las almas junta,

»Y va á arrancar tu corazón del mío,
Tan sólo ahora una esperanza endulza.
Yo te hallaré donde perpétuas dichas
Las almas de los ángeles disfrutan.

»¡Ah! para siempre adios.. tente.. un momento..
Un beso nada más... es de amargura...

Es el último ¡oh Dios!... mi sangre hiela...
¡Ah! los martirios del infierno nunca

»Igualaron mi pena y mi agonía.
¡Terminara la muerte aquí mi angustia,
Y aun muriera feliz! ¡Mis ojos quema

Una lágrima ¡oh Dios! y tú la enjugas!
»¡Quién resistir podrá!—Basta, la hora

Se acerca ya que mi partida anuncia.
¡Ojalá para siempre que el olvido

Suavizando el rigor de la fortuna,
»La imagen ¡ay! de las pasadas glorias

Bajo sus alas lóbregas encubra!»
Dice, y se alejan: á esperar consuelo

La hija del Apóstata en la tumba;
Él batallando pereció en las lides,

Y ella víctima fué de su amargura.

¡GUERRA!

¿Ois? es el cañón, Mi pecho hirviendo
El cántico de guerra entonará,
Y al eco ronco del cañón venciendo,
La lira del poeta sonará.

El pueblo ved que la orgullosa frente
Levanta ya del polvo en que yacia,
Arrogante en valor, omnipotente,

Terror de la insolente tiranía.
Rumor de voces sienta,
Y al aire miro deslumbrar espadas
Y desplegar banderas;
Y retumbar al són las escarpadas
Rocas del Pireneo;
Y retiemblan los muros
De la opulenta Cádiz, y el deseo
Crece en los pechos de vencer lidiando;
Brilla en los rostros el marcial contento,
Y donde quiera generoso acento
Se alza de PATRIA y LIBERTAD tronando.

Al grito de la patria
Volemos, compañeros,
Blandamos los aceros
Que intrépida nos da.
A par en nuestros brazos
Ufanos la ensalcemos
Y al mundo proclamemos:
«España es libre ya.»
¡Mirad, mirad en sangre
Y lágrimas teñidos
Reir los forajidos,
Gozar en su dolor!
¡Oh! fin tan sólo ponga
Su muerte á la contienda,
Y cada golpe encienda
Aun más nuestro rencor.
¡Oh siempre dulce patria
Al alma generosa!
¡Oh siempre potentosa
Magia de libertad!
Tus ínclitos pendones
Que el español tremola,
Un rayo tornasola
Del iris de la paz.

En medio del estruendo
Del bronce pavoroso,
Tu grito prodigioso
Se escucha resonar.
Tu grito que las almas
Inunda de alegría,
Tu nombre que á esa impía
Caterva hace temblar.
¿Quién hay ¡oh compañeros!
Que al bélico redoble
No sienta el pecho noble
Con júbilo latir?
Mirad centelleantes,
Cual nuncios ya de gloria,
Reflejos de victoria
Las almas despedir.
¡Al arma! ¡al arma! ¡mueran los carlistas!
Y al mar se lancen con bramido horrendo
De la infiel sangre caudolosos ríos,
Y atónito contemple el Oceano
Sus oías combatidas
Con la traidora sangre enrojecidas.
Truene el cañón: el cántico de guerra,
Pueblos ya libres, con placer alzado:
Ved, ya descendiendo á la oprimida tierra,
Los hierros á romper, la libertad (1).

A LA PATRIA

ELEGÍA

¡Cuán solitaria la nación que un día
Poblara inmensa gente!

(1) Estos versos se leyeron en una función patriótica, celebrada en el teatro de la Cruz en 22 de octubre de 1835.

¡La nación cuyo imperio se extendía
Del ocaso al oriente!

Lágrimas viertes, infeliz ahora,
Soberana del mundo,

¡Y nadie de tu faz encantadora
Borra el dolor profundo!

Oscuridad y luto tenebroso
En ti vertió la muerte,

Y en su furor el déspota sañoso
Se complació en tu suerte.

No perdonó lo hermoso, patria mía:

Cayó el joven guerrero,

Cayó el anciano, y la segur impía
Manejó placentero.

So la rabia cayó la virgen pura
Del déspota sombrío,

Como eclipsa la rosa su hermosura
En el sol del estío.

¡Oh vosotros, del mundo habitadores!
Contemplad mi tormento:

¿Igualarse podrán ¡ah! qué dolores
Al dolor que yo siento?

Yo desterrado de la patria mía,
De una patria que adoro,

Perdida miro su primer valía,
Y sus desgracias lloro.

Hijos espúreos y el fatal tirano
Sus hijos han perdido,

Y en campo de dolor su fértil llano
Tienen ¡ay! convertido.

Tendió sus brazos la agitada España,
Sus hijos implorando;

Sus hijos fueron, mas traidora saña
Desbarató su bando.

¿Qué se hicieron tus muros torreados?
¡Oh mi patria querida!

¿Dónde fueron tus héroes esforzados,
Tu espada no vencida?

¡Ay! de tus hijos en la humilde frente
Está el rubor grabado:

A sus ojos caído tristemente
El llanto está agolpado.

Un tiempo España fué: cien héroes fueron
En tiempos de ventura,

Y las naciones tímidas la vieron
Vistosa en hermosura.

Cual cedro que en el Libano se ostenta,
Su frente se elevaba;

Como el trueno á la virgen amedrenta,
Su voz las aterraba.

Mas ora, como piedra en el desierto,
Yaces desamparada,

Y el justo desgraciado vaga incierto
Allá en tierra apartada.

Cubren su antigua pompa y poderío
Pobre yerba y arena,

Y el enemigo que tembló á su brio
Burla y goza en su pena.

Virgenes, destrenzad la cabellera
Y dadla al vago viento;

Acompañad con arpa lastimera
Mi lúgubre lamento.

Desterrados ¡oh Dios! de nuestros lares,
Lloremos duelo tanto:

¿Quién calmará ¡oh España! tus pesares?
¿Quién secará tu llanto?

Lóndres, 1829.

SONETO

Fresca, lozana, pura y olorosa,
Gala y adorno del pensil florido,

Gallarda puesta sobre el ramo erguido,
Fragancia esparce la naciente rosa;

Mas si el ardiente sol lumbré enojosa
Vibra del can en llamas encendido,
El dulce aroma y el color perdido,
Sus hojas lleva el aura presurosa.

Así brilló un momento mi ventura
En alas del amor, y hermosa nube
Fingí tal vez de gloria y de alegría:

Mas ¡ay! que el bien trocose en amargura
Y deshojada por los aires sube
La dulce flor de la esperanza mía.

A UNA ESTRELLA.

¿Quién eres tú, lucero misterioso
Timido y triste entre luceros mil,
Que cuando miro tu esplendor dudoso
Turbado siento el corazón latir?

¿Es acaso tu luz recuerdo triste
De otro antiguo perdido resplandor,
Cuando engañado como yo creiste
Eterna tu ventura que pasó?

Tal vez con sueños de oro la esperanza
Acarició tu pura juventud,
Y gloria y paz y amor y venturanza
Vertió en el mundo tu primera luz.

Y al primer triunfo del amor primero
Que embalsamó en aromas el Edén,
Luciste acaso, mágico lucero,
Protector del misterio y del placer.

Y era tu luz voluptuosa y tierna
La que entre flores resbalando allí
Inspiraba en el alma un ansia eterna

De amor perpétuo y de placer sin fin.

Mas ¡ay! que luego el bien y la alegría
En llanto y desventura se trocó:
Tu esplendor empañó niebla sombría:
Sólo un recuerdo al corazón quedó.

Y ahora melancólico me miras
Y tu rayo es un dardo del pesar:
Si amor aun al corazón inspiras,
Es un amor sin esperanza ya.

¡Ay lucero! yo te vi
Resplandecer en mi frente
Cuando palpar senti
Mi corazón dulcemente
Con amante frenesí.

Tu faz entonces lucía
Con más brillante fulgor,
Mientras yo me prometía
Que jamás se apagaría
Para mí tu resplandor.

¿Quién aquel brillo radiante
¡Oh lucero! te robó,
Que oscureció tu semblante,
Y á mi pecho arrebató
La dicha en aquel instante?

¿O acaso tú siempre así
Brillaste y en mi ilusión
Yo aquel esplendor te di
Que amaba mi corazón,
Lucero, cuando te vi?

Una mujer adoré
Que imaginaria yo un cielo;
Mí gloria en ella cifré,
Y de un luminoso velo
En mi ilusión la adorné.
Y tú fuiste la aureola

Que iluminaba su frente,
Cual los aires arrebola
El fúlgido sol naciente,
Y el puro azul tornasola.
Y astro de dicha y amores,
Se deslizaba mi vida,
A la luz de tu fulgores,
Por fácil senda florida,
Bajo un cielo de colores.
Tantas dulces alegrías,
Tantos mágicos ensueños
¿Dónde fueron?
Tan alegres fantasías,
Deleites tan halagüeños.
¿Qué se hicieron?
Huyeron con mi ilusión
Para nunca más tornar,
Y pasaron,
Y sólo en mi corazón
Recuerdos, llanto y pesar
¡Ay! dejaron.
¡Ah lucero! tú perdiste
También tu puro fulgor,
Y lloraste;
También como yo sufriste,
Y el crudo arpón del dolor
¡Ay! probaste.
¡Infeliz! ¿por qué volví
De mis sueños de ventura
Para hallar
Luto y tinieblas en tí,
Y lágrimas de amargura
Que enjugar?
Pero tú conmigo lloras,
Que eres el ángel caído
Del dolor,

Y piedad llorando imploras,
Y recuerdas tu perdido
Resplandor.
Lucero, si mi quebranto
Oyes, y sufres cual yo,
¡Ay juntemos
Nuestras quejas, nuestro llanto;
Pues nuestra gloria pasó,
Juntos lloremos.
Mas hoy miro tu luz casi apagada
Y un vago padecer mi pecho siente:
Que está mi alma de sufrir cansada,
Seca ya de las lágrimas la fuente.
¡Quién saber!... tú recobrarás acaso
Otra vez tu pasado resplandor,
A tí tal vez te anunciará tu ocaso
Un oriente más puro que el del sol.
A mí tan sólo penas y amargura
Me quedan en el valle de la vida;
Como un sueño pasó mi infancia pura,
Se agosta ya mi juventud florida.
Astro sé tú de candidez y amores
Para el que luz te preste en su ilusión,
Y ornado el porvenir de blancas flores,
Sienta latir de amor su corazón.
Yo indiferente sigo mi camino
A merced de los vientos y la mar,
Y entregado en los brazos del destino,
Ni me importa salvarme ó zozobrar.

A JARIFA EN UNA ORGÍA

Trae, Jarifa, trae tu mano,
Ven y púsala en mi frente,